

# La crisis de la psicología y la teoría de la forma

LUIS FELIPE GARCÍA DE ONRUBIA  
Universidad de Buenos Aires

Un examen objetivo del conjunto de la Psicología contemporánea, aun sin las guías seguras de Bühler o de Driesch, permite advertir a lo largo y a lo ancho de todo el territorio psicológico una situación de crisis. No es cosa de creer que el reconocimiento de esta crisis deba traer consigo un agrio escepticismo sobre la Psicología, la sensación del fracaso de los intentos de fundarla científicamente o la certeza de encontrarnos frente a una disciplina que antes de lograr constituirse entra en un acelerado proceso de disolución interna. La imprecisión en cuanto a su objeto, en cuanto a sus métodos, en cuanto a su estructura epistemológica e, incluso, la alarmante disparidad de *psicologías*, debe ser juzgada con un criterio amplio y comprensivo que reconozca en esa crisis una de las maneras de manifestarse la vital capacidad de perduración de que está animada esta disciplina todavía muy joven.

Toda crisis es decisión y decidirse significa siempre elegir u optar por una posibilidad entre otras, embarcarse en una tarea, hacerla propia y, por tanto, desechar otras posibilidades y otras tareas. Lo que la Psicología ha decidido —y en esa decisión radica su crisis— es que los conceptos, los supuestos y la fundamentación de lo que en el siglo XIX se llamó enfáticamente la “nueva Psicología”, ya no le sirven para comprender la conducta. O, si se quiere, ha decidido que su tarea debe radicar en esta comprensión y que para ello ha menester de otros conceptos que los acuñados en su pasado inmediato.

Adviértase que no se trata de un acontecimiento exclusivo de la Psicología ni que le asigne prioridad en el haber notado las insuficiencias de la conceptualización del siglo XIX. Con los matices diferenciales que señalan cada uno de los diversos dominios científicos, el hecho ha

ocurrido en todos y en todos se ha hablado con mayor o menor frecuencia e intensidad de crisis y reconstrucción. El cambio operado en la concepción del mundo o, tal vez más precisa y exactamente, la crítica a la concepción del mundo en la cual el hombre moderno vivió instalado durante algunos siglos, sin que aparezca definida en el horizonte una nueva concepción del mundo desde la cual vivir y pensar, ha hecho que los principios, las leyes, los conceptos —podría agregarse las creencias colectivas y los ideales— con los cuales estábamos acostumbrados a entender la realidad y *nuestra* realidad, entren en un período de revisión, de análisis y de crítica. No se vea en esta decisión que la Psicología toma al declarar insuficientes las formas conceptuales del siglo XIX una manera de reaccionar contra el estrecho naturalismo del ochocientos. Aun cuando esa reacción contra el naturalismo es evidente, puede asegurarse que no la determina el deseo de oponerle un espiritualismo —como alguna vez se ha creído con singular ingenuidad— sino, precisamente, el firme propósito de desterrar del ámbito psicológico toda oposición surgida de las encontradas respuestas al problema metafísico. La conceptualización psicológica del siglo XIX —excútese el margen de error implícito en la referencia genérica y global— se mueve dentro de las oposiciones alma-cuerpo, conciencia-movimiento, vida interior-comportamiento exterior e intenta con variado éxito resolver uno de los términos de la oposición en el otro. La Psicología actual, mediante la decisión que entraña su crisis, opta por desechar esas oposiciones, tanto en su connotación metafísica como en la empírica, para atenerse a la unidad viva y concreta del sujeto en su mundo. Es a tal punto característica del ochocientos la oposición así entendida que permite filiar como tributarios de la “nueva Psicología”, no obstante la crítica demoledora, a psicólogos como Watson, tan revolucionarios y en apariencia tan ajenos a la conceptualización del siglo XIX.

Esa decisión de pensar con formas conceptuales distintas a las de la “nueva Psicología” que no surge, como se ha visto, de un injustificado y casual hastío frente a las ideas de la mentalidad moderna, tiene, además, otra motivación no menos honda. Se inspira en el vivo sentimiento de las limitaciones del aparato conceptual del siglo XIX para pensar los *nuevos* hechos que la observación de la conducta nos muestra. Porque a poco que el examen psicológico se afine, resulta palmario que la conducta la vemos hoy como infinitamente más compleja de lo que nos parecía a comienzos del siglo. En este sentido, la crisis de la Psi-

ciencia es suscitada por la superabundancia de hechos para cuya intelección carecemos de conceptos apropiados; cada día que pasa tenemos noticia de mayor número de hechos psicológicos, pero nos faltan los medios para fundar un saber sobre ellos. Sin duda, este conocimiento nuestro de los hechos que se ha extendido en forma casi alarmante se debe al progreso y finura creciente de los métodos psicológicos y, sobre todo, a los resultados de la libre experimentación. La experimentación que constituye uno de los rasgos —no el único ni tal vez el principal— de la “nueva Psicología” se convierte, así, en el medio que hace posible advertir sus insuficiencias. Pero sea cual fuere su origen y abandonando toda consideración histórica, lo que parece indudable es que la decisión a la cual la Psicología se ha visto llevada comporta el rechazo de los conceptos de la Psicología del siglo XIX en la imposibilidad de pensar con ellos los nuevos hechos que la observación muestra. Lo cual si, por una parte, implica liso y llano rechazo de esas formas conceptuales, por otra, entraña la comprobación de que ante nuestra vista se encuentra una abundante cantidad de hechos psíquicos para los cuales carecemos de conceptos o, lo que es lo mismo, para los cuales los conceptos que teníamos, aun si hubiésemos resuelto mantenerlos, no nos servirían.

Si tales son los términos en los que se plantea la crisis de la Psicología, no será difícil sospechar que los intentos de resolverla deben orientarse en el sentido de obtener formas conceptuales comprensivas de los hechos nuevos. Si ahora padecemos de una falta de congruencia o de ajuste entre los hechos conocidos y las teorías, los principios y los conceptos con los cuales esos hechos tienen que ser pensados para integrar el conjunto sistemático y coherente de una disciplina científica, todo propósito de suministrarnos conceptos que aproximen hechos y teorías debe ser considerado como tendiente a resolver la situación de la Psicología y a refirmarla en el rechazo que su decisión, vale decir su crisis, implicaba.

La teoría de la forma (*Gestalttheorie*) ha visto, con claridad que no puede ser ocultada, cuáles son los términos en los que se plantea la crisis y ha intentado solucionarla mediante la creación de nuevos conceptos psicológicos sobre cuya validez, significación y consecuencias habrá que pronunciarse. Se debe destacar la lúcida conciencia de la crisis en Köhler y, de modo más radical, en Kurt Lewin, quienes han advertido y denunciado esa disparidad que la Psicología muestra entre

los hechos que se presentan a la observación y que experimentalmente pueden ser reiterados y controlados y los principios teóricos que deberían hacerlos inteligibles. Desde las experiencias de von Frey sobre excitación sucesiva de dos puntos próximos de la superficie cutánea hasta la organización que presenta el fenómeno perceptivo y cuestiones más complejas de conducta, nada podrá ser entendido si nos atenemos a los conceptos de la "nueva Psicología", incapaces de hacer comprensibles los hechos que genéricamente pueden ser agrupados bajo la denominación de "fenómenos de campo". La teoría del campo, como una de las nociones explicativas de mayor importancia para la *Gestalttheorie* nace, pues, de la exigencia concreta de dar cuenta de una serie de hechos psicológicos que vistos desde la conceptualización del siglo XIX no hallan explicación válida. Pero surgida de esa necesidad concreta, aspira a extenderse a la totalidad de la vida psíquica y operar un cambio no menos importante ni menos radical que el que tuvo lugar en la física cuando la concepción cualitativa aristotélica fue suplantada por la galileana. Lewin, que remonta su filiación a Ernst Cassirer (*Substanzbegriff und Funktionsbegriff*), cree posible separar netamente una teoría de la "clase" de una teoría del "campo", de las cuales la primera, típica de la conceptualización aristotélica, representa tanto en Psicología como en Biología, el punto de partida que debe ser superado para la recta comprensión de la conducta. Aparece, así, con la posibilidad de una lógica del campo que se oponga a la tradicional lógica de la clase, una ejemplaridad de la física hasta entonces no entrevista. Sin duda, la "nueva Psicología" sufrió en igual o mayor medida que las demás ciencias el influjo del prestigio y de la probada madurez científica de la Física, pero esa influencia abortó en el esquema explicativo elementarista o en la introducción prematura y sin previo análisis cualitativo de la cantidad. La noción de campo —de ilustres precedentes en la Física— abre un nuevo camino que tanto para Lewin como para Köhler es el de la verdadera y justificada ejemplaridad de la Física. Tal ejemplaridad radica en que la Psicología adquiere mediante la adopción del concepto de campo igual ritmo de evolución que el seguido por la Física al incorporar definitivamente la conceptualización galileana y explicar, mediante ella, hechos que enfocados desde la lógica de la clase resultan ininteligibles o corren el riesgo de ser desvirtuados en su naturaleza propia. Si la lógica del campo es, sobre todo, un intento de explicación del compor-

tamiento de los objetos como determinado por la estructura del campo del cual forman parte, antes que por la clase a la cual pertenecen, esta lógica ha de erigirse en el más seguro instrumento conceptual de una psicología de la estructura. Sólo esta lógica permitirá hacer inteligibles los fenómenos característicos de la conducta que es siempre conducta del individuo en una situación, en un contorno, dentro de una determinada constelación de factores que sobre él ejercen influencia, no al modo de elementos aislados de un medio puntiforme e incoexo, sino como integrantes de un conjunto en el cual las partes son interdependientes y se hallan sometidas a la acción predominante del todo: "...los hechos que tienen lugar en una parte del medio —sostiene W. Köhler— hacen sentir su influencia en otras regiones de una manera que depende directamente de sus mutuas propiedades en relación recíproca". Quedan descartadas, así, todas las explicaciones que haciendo abstracción del contorno de una conducta —diríamos de su contexto— pretenden agotarla por la recurrencia a una noción genérica. El aquí y el ahora de una situación concreta, esto es, la de un sujeto en un contorno, predomina sobre toda determinación de clase. La teoría del campo intenta hacer inteligible esa particular situación individual que quedaba fuera del conocimiento en el sistema conceptual aristotélico y era disgregada en "medianas" o "niveles" en la psicología de las diferencias individuales que traduce en términos de refinada técnica matemática una actitud igualmente extraña al pensar galileano. Pero de una u otra manera, la realidad viva del caso concreto escapa a la consideración científica de la Psicología. Dígase lo mismo de la dinámica de una conducta que en los modos de pensar que Lewin llama aristotélicos es explicada mediante referencia al sujeto y con exclusión del contorno, el cual, en vez de contribuir a hacerla comprensible, la entorpece y perturba en la medida en que la aparta de la dinámica prescripta por la clase.

Si la incorporación del concepto de campo hace que la Psicología ingrese definitivamente en una forma adulta y evolucionada de pensar sus problemas, el concepto ha de tener un ámbito de aplicación que exceda a una singular actividad psicológica. Ha de estar presente en los fundamentos mismos de la Psicología influenciando, incluso, la determinación de su objeto. Así ocurre en la teoría de la forma. El interés no se dirige al sujeto ni al estudio de sus reacciones frente a estímulos del mundo exterior, porque sujeto y estímulos externos

implican una peligrosa dicotomía. El sujeto está siempre y de algún modo ligado a un campo que no es un simple mundo exterior de estímulos aislados, sino un sistema orgánico de interacciones de las cuales el sujeto forma parte. Esto hace que la Psicología enfoque como su tema no al sujeto aislado y autónomo sino al sujeto en una situación, o lo que es igual, estudie situaciones en las cuales hay *también* un sujeto. Resulta claro, entonces, que la Psicología entendida como estudio de las situaciones no puede valerse de otro concepto que el de campo. Y precisamente porque el concepto de campo sustenta sus mismas bases y les otorga fundamento, lo encontramos tan pronto en la percepción, donde explica las diversas formas según las cuales ésta se organiza, como en el *insight*, donde da cuenta de la interdependencia entre los integrantes de un campo y el "yo" (Köhler), como en los fenómenos afectivos y volitivos, donde establece valencias y motivaciones (Lewin, Dembo), como en la memoria, donde hace comprensible el proceso de la evocación (Köhler, v. Restorff), como en la retención de tareas interrumpidas (Lewin, Zeigarnik, Ovsiankina), etc., etc.

Esta reiterada presencia de la noción de campo en las explicaciones de la *Gestalttheorie*, no sólo le atribuye una importancia decisiva para la formación de una teoría psicológica que surge de la conciencia de la crisis y pretende resolverla en un sentido preciso, sino que también permite replantear en su totalidad los problemas de la Psicología sistemática. De ahí que en virtud de la significación que adquiere, se justifique el señalar algunas de sus consecuencias.

La afirmación según la cual el sujeto sólo existe en función de un campo o, lo que es lo mismo, el hacer del sujeto en una situación el tema de estudio de la Psicología, sólo adquiere su pleno y verdadero sentido cuando el juicio es precisado. Al menos, en medida suficiente como para saber si se alude a que el sujeto se halla conectado a los integrantes del campo como un elemento entre otros o si enfrenta a su campo como un elemento privilegiado que por su distinto modo de ser, en cuanto sujeto de la experiencia inmediata, permite distinguirlo de la constelación de sus acompañantes. La *Gestalttheorie*, especialmente Koffka (1935), que es quien con más detenimiento ha tratado el tema, se inclina por la primera interpretación: el sujeto de la experiencia inmediata —lo que tradicionalmente la Psicología ha llamado el "yo"— es un elemento más en el campo y se comporta como tal. Prueba de ello es que la segregación del "yo" depende de la

heterogeneidad del campo y se encuentra influída por la ley de la similitud que vale para él como valía en cuanto ley de organización para todo campo perceptivo. El "yo", pues, segrega como cualquier otro objeto del campo y se ve sometido a las mismas leyes. Incluso las cualidades vivenciales del "yo" resultan no pertenecerle en propiedad exclusiva, dado que dolores, emociones, deseos, pensamientos, pueden pertenecer tanto al contorno como a nuestro "yo" y sin que éste haya segregado pueden vivirse experiencias altamente emocionantes. ¿Qué es, entonces, el "yo"? Koffka sostiene que además de ser el objeto a partir del cual adquieren sentido las direcciones espaciales de nuestro medio de comportamiento, el "yo" es lo permanentemente segregado en el campo psicofísico, es lo continuo y persistente frente al flujo de nuestro contorno. Continuidad y persistencia efectiva que nada tiene que ver con la continuidad temporal afirmada en la memoria. Pero no resulta claro cómo este "yo", que es una cosa entre las cosas del campo, puede adquirir esta persistente segregación ni de dónde puede venirle esa continuidad que lo distingue de su contorno. Si como Koffka lo dice, "ningún proceso aisladamente y por sí mismo tiene carácter de yo", lo que puede asignar ese carácter a un proceso cualquiera ha de ser la constelación de sus acompañantes, así como a ellos habrá que atribuir la continuidad y persistencia del "yo". Esta interpretación explica el que Koffka crea posible prescindir de la memoria y hable de una "efectiva y directa persistencia". Sólo que esta persistencia hay que referirla a la acción del campo antes que a un carácter intrínseco al "yo". No nos parece arriesgado afirmar que la teoría del campo implica, de la manera que se ha visto, una disolución del "yo" en la constelación de sus acompañantes. No cabe dudar que esta disolución tiene su origen en el hecho innegable de que toda vida psicológica, todo sujeto es sujeto *en* una situación. Pero ¿esta evidencia fáctica permite inferir que necesariamente todo sujeto al hallarse ligado a un campo se pierde, anula y disuelve en él al punto de no tener mayor jerarquía ni distinta condición que los otros integrantes de ese campo? Nos parece que la *Gestalttheorie* llega a esta afirmación implícita por la necesidad en que se encuentra de explicar toda conducta y toda organización por el exclusivo juego de factores actuales. Esta exigencia surge, sin duda, como oposición a la psicología de los elementos que, con reiteración que la hacía incurrir en error, echaba mano de las virtualidades del sujeto, de lo acumulado en su

experiencia pasada para dar cuenta de aquello que no resultaba comprensible dentro de los límites de sus supuestos. Piénsese que la validez de la hipótesis de la constancia, por ejemplo, se mantiene no obstante los hechos que la contradicen, por la recurrencia a la explicación en términos de experiencia pasada. El intento de enfrentar a la psicología elementarista conduce a subrayar la importancia de lo actual, a explicar sin referencia al aprendizaje del sujeto o con un mínimo de referencias a él. De este modo, la crítica al atomismo lleva, por negar virtualidades, a no ver en el sujeto sino un elemento más del campo integrado por factores actuales. Al oponerse, las dos actitudes se polarizan: si una —el elementarismo— desconoce lo actual o quiere explicarlo en función de experiencias pasadas, con lo cual el sujeto actúa en un campo enfrentándose con él desde la concreción de su pasado a base del cual lo organiza; la otra —*Gestalttheorie*— hace del sujeto un elemento servil respecto a la constelación en la que se encuentra, lo disuelve en ella, lo considera una pura actualidad y lo disgrega en un todo mayor que lo incluye y, en alguna medida, lo anula.

Podemos preguntarnos si es posible salir de la disyuntiva que se plantea en estos términos. Si es posible una psicología de las situaciones que no disuelva al "yo" en instancias superiores ni lo conciba, cosificado y ajeno a toda situación, actuando según características de clase con un comportamiento genérico. Presumimos que sí. Más aún: creemos que en esa posibilidad radica la solución de la crisis de la Psicología. Sólo que el resolver esa crisis sin declinar la noción de "yo" ha de exigir como tarea previa a toda fundamentación psicológica un examen, casi diríamos una descripción fenomenológica de los caracteres, las condiciones y el significado de la experiencia humana en el mundo. Sobre esa base será posible, quizás por vez primera, edificar una Psicología que sea psicología del "yo" en una situación o de situaciones que son vividas o están centradas en un "yo". Nos parece ver en una Psicología que así encare su tarea la única solución decorosa al actual estado crítico de nuestra disciplina.